

El día con día del virreinato novohispano

Esteban Sánchez de Tagle

Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Vivir en Nueva España. Orden y desorden en la vida cotidiana*, México, El Colegio de México, 2009.

En el transcurso de escasos tres siglos, pobladores hispanos, en particular los castellanos, reprodujeron cientos de veces, en la inmensidad del continente americano, de manera que hoy se antoja inverosímil, el mundo que por salir a “hacer la América” iba quedando sólo en su imaginación, no obstante su empeño por preservarlo intacto. Empresa sin parangón, que no hizo Roma y no podrá repetirse: la de un reducto europeo que se recrea incontables veces en todas sus versiones imaginables hasta cubrir prácticamente la mitad de un mundo nuevo.

Resultaron de ello cientos de fundaciones, con vocación urbana todas. Desde la más distante, allá en la incierta frontera norte novohispana, hasta las que se ubicaron a miles de kilómetros en el remoto sur del continente, cada una dando vida a una versión siempre genuina del universo hispano; cada una producto de una particular adaptación de la misma semilla a las condiciones peculiares de los puntos de llegada. Poblamiento hecho, además, como por ensalmo: obra de

nadie en particular, sino de todos; obra de la tradición milenaria de la migración ibérica. Pobladores expertos que, durante mil años habían aprendido a llenar convenientemente sus alforjas sólo con los rudimentos considerados imprescindibles de su cultura para cargar con ellos y sembrarlos o, preferentemente, injertarlos dondequiera que llegaron. Poblamiento que dio lugar al imperio hispánico en América, no al revés.

Con ser impresionante, lo dicho no da cuenta cabal de la verdadera magnitud del acontecimiento; hace falta el relato de la otra mitad de la historia. América no era tierra de nadie: estaba muy diversamente ocupada desde tiempo inmemorial. Culturas sedentarias múltiples: reinos complejos, ciudades, y pueblos seminómadas que deambulaban por su inmensidad fueron sorprendidos por la inesperada llegada de los pobladores europeos desde los comienzos del siglo XVI. Pueblos aborígenes que durante miles de años habían aprendido a adaptarse exitosamente en el infinito muestrario geográfico del continente americano. Ellos heredan a los recién llegados entre mil otras cosas, los primeros trazos de la geografía humana novohispana: mientras los sedentarios fueron imán involuntario y fundamento del proceso de la aclimatación de la cultura migran-

te, los nómadas marcaron límites casi siempre infranqueables. Aborígenes americanos que no quisieron ser testigos pasivos de la invasión y defendieron con resistencia terca la continuidad de sus propias culturas. Ello, a pesar de la hecatombe que les significó la Conquista y las nunca antes vividas crisis poblacionales que padecieron por mucho tiempo. Permanecieron, o creyeron permanecer, tan intactos como les fue posible, al tiempo que, paulatinamente, se involucraron con los recién llegados para dar lugar a uno de los mestizajes culturales más complejos de los que haya memoria, aventuras culturales de occidentalización de cuyos dilemas y logros apenas hemos comenzado a dar cuenta al intentar narrar “la gran tragedia que representó la violencia guerrera y la posterior, lenta penetración de una nueva religión y unas nuevas costumbres”...

Un milagro cultural que nadie hubiera podido hacer. Un milagro mayúsculo suma de millones de pequeños milagros de reproducción, de resistencia, de asimilación, de adaptación cultural. No hay santo bastante a quien agradecerlo; fue obra de todos los involucrados, la Corona española apenas uno de ellos, tardío, además. Creación del día con día de una ruda y, al mismo tiempo, flexible convivencia.

Historia peculiar cuya explicación se encuentra, precisamente, en las vicisitudes de la vida cotidiana. No en las vidas de los grandes o en los sucesos extraordinarios de la historia política; no en la historia de las fluctuaciones de que da cuenta la historia económica, más bien en “las rutinas consideradas irrelevantes y las formas de comportamiento que aparentaron ser espontáneas pero que siempre respondieron a motivaciones previamente asimiladas.”

Si no hubo autor, el establecimiento de la nueva sociedad consuetudinaria tuvo guía: la solidez de las costumbres milenarias de las que aquéllas están hechas. A dichas costumbres se mantuvieron como aferrados los recién llegados, confiados en poder seguir siendo, de ese modo, lo que habían sido; lo mismo que los naturales, tan reclusos como pudieron en sus comunidades que, por cierto, darían lugar al nuevo mundo rural. Pero al mudarlas de un sitio a otro las costumbres se transformaban, e imperceptiblemente, al reubicarse sufrían mil adaptaciones: “los conquistadores intentaban recrear en el Nuevo Mundo unas formas de vida que ellos habrían querido que fueran similares a las de su tierra de origen, pero que siempre fueron diferentes.” Los españoles creían estar recreando su mundo pero creaban otro, no distinto, sólo una versión muy peculiar, de cuyas particularidades justamente nos habla Pilar Gonzalbo. Por su lado, los indios mesoamericanos aceptaron adaptarse a muchas normas extrañas, adoptar una nueva religión, y mucho más, a condición de no dejar de ser lo que habían sido, cuando sin

apenas percatarse se transformaban en hispanos, en novohispanos. Los españoles creían estar recreando su mundo pero creaban otro; los indios defendían el suyo, pero éste se transformaba y los transformaba imperceptiblemente. Resultado, “una versión tan diferente de cualquiera de sus precedentes originales como del modelo ideal diseñado por autoridades y propietarios; resultó algo que nadie había imaginado ni deseado”: la sociedad novohispana. Una versión diferente, cierto, pero esencialmente parte de ese mundo hispano que se ensanchaba como ninguno otro lo había hecho, se mundializaba.

Equivocadamente, en otras latitudes esta disciplina de la historia preocupada por lo cotidiano ha sido criticada, aun considerada vana. Porque se piensa que dado que sus laboriosos resultados dan presencia a los “no protagónicos”, resulta por definición incapaz de dar cuenta de los grandes cambios que interesan a la historia, o que la habían interesado. Una disciplina considerada irrelevante porque se desentiende precisamente de aquellos sujetos, de aquellos acontecimientos políticos, económicos, en fin, de los presuntos únicos responsables de los cambios que hacen la historia. Ciertamente, precisamente aquello que deja de ser cotidiano sale del foco de interés de la historia de la vida cotidiana. Pero justamente ahí estriba su fuerza. Tanta que, de entre las preocupaciones que nos han ayudado a entender lo que hoy sabemos de nuestro pasado, esta particular disciplina de la historia social, de la historia de la cultura: la historia de la vida cotidiana cobra privilegiadamente, al intentar dar cuenta de

aquellos oscuros siglos americanos, un singular, un inesperado interés. Nos parece que fuera la perspectiva que mejor puede iluminar el insólito fenómeno del poblamiento de largo plazo, de un poblamiento tan extraordinario como el que llevó a cabo la migración española y sustentó el mundo indígena. “El estudio de la vida cotidiana no nos lleva a descubrir la clave de acontecimientos trascendentales, pero sí puede sugerirnos la forma en que se desarrollaron procesos de asimilación y de rechazo de un modo de vida que entre todos los habitantes del virreinato iban ordenando día con día, al mismo tiempo que continuamente lo modificaban, porque la vida cotidiana implica cambios permanentes.” Leído así —el libro tiene otras lecturas—, el condensado trabajo de Pilar Gonzalbo muestra aspectos interesantísimos.

Indiscutible es que dio como resultado este apretado resumen del día con día novohispano. Al mismo tiempo, el libro, decíamos, nos demuestra más que convincentemente la pertinencia de la disciplina de la historia de la vida cotidiana en el estudio de nuestra historia social. Aunque no está de más destacar la coincidencia, seguramente indispensable, entre, por una parte, las exigencias de este particular quehacer historiográfico y, por la otra, las cualidades personales de la autora. Porque no es un problema menor querer dar cuenta sopeada del funcionamiento de una sociedad tan compleja y remota; de intentar calibrar el orden en aquellos años al mismo tiempo que se reconoce que en todo ello solamente “algo tuvieron que ver las leyes.” Es decir, que o no existen papeles

fáciles que nos hablen de su regulación, como pudieran ser las leyes, o que éstos muy poco de verdadero tienen que decir. Un mundo donde “la improvisación, la tolerancia y el imperio de la costumbre parecían ser más fuertes” que las normas que lo regulaban, donde el orden resulta tan elocuente como el aparente desorden. “Lo que aprecio en la lectura de los documentos es que ni existió la férrea disciplina, que habría existido si se hubieran cumplido estrictamente las leyes, ni el olvido total de las leyes; antes bien, la sociedad novohispana creó sus propias normas de convivencia y esas normas conformaron un orden peculiar.”

Aunque la lectura hace evidente que “The past is a foreign country. They do things differently there”, dicho por alguien, también lo es el que, sin sobresaltos y gracias a una precisa y cuidadosa escritura, vamos avanzando con entera facilidad en la comprensión del mundo novohispano mientras crece nuestro asombro al ser llevados de maravilla en maravilla. Injertos inopinados de hábitos ancestrales comienzan a “prender” por todas partes. Se renuevan costumbres que implican otras y así prosiguen hasta comenzar a tejer el intrincado equilibrio de un mundo hispano. Nuevo, distinto, y al mismo tiempo hijo legítimo de sus padres.

E inevitablemente corroboramos el grado en que el minucioso bordado del libro esconde bien las infinitas peripecias con las que hubo de ser urdido. Los insólitos documentos utilizados, los archivos recónditos e insospechados, las verdaderas maromas de investigación que debieron hacerse para

averiguar cómo, pese a lo poco que en todo ello “tuvieron que ver las leyes”, en la “compleja sociedad novohispana todas las actividades estaban reguladas de tal modo que la ruptura de la rutina implicaba una potencial amenaza, y cualquier sorpresa podía ocasionar zozobra”... Fue necesario tejer muy fina información elusiva, fuentes dispersas, seleccionar informaciones aparentemente irrelevantes para dar cuenta de una historia que de no ser por la seriedad del aparato crítico, la consistencia de la cuantificación, en fin, más parecería una obra de la literatura fantástica. Da cuenta de un mundo intrincado, si los hay.

En suma, lo que en sus páginas se ofrece, y habremos de encontrar en abundancia, es el recuento de lo mucho logrado en los tiempos virreinales en términos de poblamiento, y de cómo se fue logrando: de la creación de Nueva España. Algo que parece imposible que hubiera podido ser logrado en tan pocos años y casi con la sola fuerza de la costumbre, pero la lectura nos muestra mucho del cómo sucedió, y nos convence. Basta con leer el listado del contenido del libro para no poder después dejar su lectura. Asuntos de otra manera tan inasibles como el mundo femenino, la juventud urbana en las últimas décadas del siglo XVIII, el ser viejo en la Nueva España, la vida en las calles y mercados, el descanso nocturno, las tradiciones, las vanidades, las pobrezas, las fiestas, los ocios, las lecturas, etcétera, etcétera. ¿Qué imaginación queda impasible al saber que la autora concluye, después de un arduo recuento documental, pletórico de sumas y

restas, que en aquel tiempo “pocas familias de modestos recursos tenían sillas”?

Gonzalbo no se limita a mostrarnos la complejidad del mundo recreado. *Vivir en Nueva España* implica también el resultado de su búsqueda de la explicación de la manera cómo, sin quererlo, sin saberlo, sus habitantes dieron a luz, en América, a un mundo hispano peculiar: el libro quiere dar cuenta de esas peculiaridades o de muchas de ellas: caracterizar la factura de la original versión del mundo, la de los novohispanos. Si del siglo XVI el motivo de admiración es la similitud de las múltiples fundaciones americanas con el mundo que los migrantes dejaban atrás, en el XVIII lo son ya las peculiaridades adquiridas por cada una de ellas. Peculiaridades que no rompen el molde, por el contrario lo enriquecen: el molde de lo que llamamos el mundo hispano. Sólo como ejemplo: en referencia a la alimentación nos muestra cómo la “integración de productos básicos, condimentos y guisos de las tradiciones mesoamericana y española permitió la adopción de costumbres alimentarias que, si en el siglo XVI fueron novedades culinarias, para el siglo XVIII constituían una expresión cultural característica.”

Esta conclusión, como tantas otras de las que abunda el libro, no es, con todo, lo único interesante. Sin duda también interesan, como decíamos, las imaginativas maneras, las verdaderas acrobacias de las que hace alarde la investigadora en su disciplinada aventura, que no rehúye la inmersión en la inmensidad de los informes de que hace uso, para llegar después de una y

mil vueltas, a decantar indagaciones sopesadas. Comprobándonos un y mil veces una fe inquebrantable en el método científico que guía su disciplina: su remitirnos,

sin concesiones, a las pruebas conducentes en cada una de sus aseveraciones. No hay afirmaciones apoyadas sólo en lecturas de segunda mano, como es lo usual en estos

temas y que nos ha hecho repetir tantos prejuicios por tanto tiempo. Todo proviene de fuentes originales e inusitadas, todo comprobable. Esto solo vale su lectura.

Una denostada paloma de la paz: a cuarenta y un años del movimiento estudiantil del 68

Rebeca Monroy

Daniel Librado Luna Cárdenas, y Paulina Martínez Figueroa, *La Academia de San Carlos en el movimiento estudiantil de 1968*, México, ENAP-UNAM, 2008.

Había que pasar por la enorme puerta principal de madera gruesa y centenaria, caminar a un lado de la Victoria de Samotracia y tomar un pasillo aledaño a la portería de vigilancia. Al fondo, bien al fondo se encontraba el taller de grabado en hueco.

Cruzar ese pasillo no era cosa fácil, pues había que atravesar entre las miradas de algunos jóvenes que lucían viejos con sus barbas encrespadas, algunas calvicies prematuras y ojos desorbitados, otros de bigotes largos a la usanza de Zapata, ellos podrían hacer temblar a cualquiera. Por ahí estaba Pável (José

Ignacio Padilla Velasco), uno de los estudiantes más destacados, también Gerardo López Padilla, todos ellos ya alumnos muy talentosos del taller de grabado en hueco de los maestros José Carlos Olachea Boucsiguez y de Jesús Martínez.¹

Al entrar el olor de los ácidos imperaba, un enorme tórculo esperaba ser movido con cadencia infinita, las luces artificiales en una especie de ventanas circulares iluminaban las manos que dirigían la punta seca sobre las placas de cobre o de zinc, sobre las cuales se procuraba un dibujo fino y solícito. Las técnicas al azúcar, el buril, el aguainta y el aguafuerte, aguardaban a los alumnos deseosos de conocer sus secretos, rostros imberbes, deseos intactos, superficies en blanco, todo se conjuntaba en el momento

¹ Agradezco a Josefina Romero y a Gerardo López Padilla los datos proporcionados.

de plasmar la primera línea, un boceto, un empeño inicial.

Los maestros Olachea y Martínez insistían en el cuidado del dibujo: “Es básico para un grabador”, comentaban. “Y la temática, ¿dónde dejaste la temática que deberías abordar?”, preguntaban ansiosos a esos nuevos estudiantes perdidos en ese taller de techos altos, que no tenían idea de que esos maestros tenían muchas horas de vuelo y mucho camino estético y político andado, con sus herramientas de trabajo de por medio. Poco sabíamos de su trayectoria, mucho menos de su largo andar.

Es este recuerdo lo que viene a mi mente al ver la primera imagen de este libro: unos chicos frente a la mesa de trabajo, con las charolas con ácidos, con los líquidos alquímicos, las luces, pareciera un *set* de película: ahí están Eduardo Garduño, Alberto Antuna, Ismael Martí-